

Antón Costas

Divorcio entre economía y política

Estamos en el umbral de una de esas etapas de la historia en que cambian las bases de la economía y las fuentes de la competitividad y el bienestar de los países. Sin embargo, como si de una intensa neblina se tratase, la crisis política que vivimos no nos deja ver la intensidad de ese cambio. Pero cuando dentro de una década miremos hacia atrás, veremos que en estos años se modificaron radicalmente los fundamentos económicos de nuestro bienestar.

Hay dos motores fundamentales que mueven esta transformación. Uno, la gran revolución basada en la digitalización y la robotización de la industria. Otro, la nueva revolución de la energía.

Hasta ahora asociamos la digitalización a servicios basados en las tecnologías de la información y las telecomunicaciones y a actividades de entretenimiento y ocio. Pero su impacto en la industria está siendo mucho más intenso y amplio. La utilización masiva de los robots inteligentes está cambiando las actividades manufactureras y comerciales. Y nuevas tecnologías como la impresión en 3D de todo tipo de materiales permiten fabricación de pequeñas series con costes unitarios bajos. Todo esto tiene un impacto enorme en la productividad y modifica las ventajas competitivas de los países.

El impacto de los robots va más allá de la economía. Modificará nuestro modo de vida. Los robots no se cansan, no se equivocan, trabajan 24 horas al día, no piden convenio colectivo ni conciliación familiar. Su impacto en el empleo va a ser intenso.

La vieja revolución industrial del siglo XIX introdujo máquinas que aliviaron la fatiga y el sufrimiento de los trabajadores manuales. Pero la nueva revolución de los robots inteligentes sustituirá parte de los tareas intelectuales que hasta ahora desarrollan trabajadores altamente capacitados.

Como he dicho, las ganancias de productividad serán enormes. La cuestión está en

cómo se distribuirán. De cómo se haga dependerá de que la desigualdad social hoy existente aumente o se reduzca en los próximos años. La respuesta está en quién será el dueño de los robots.

Por otro lado, la revolución de la energía, basada en la nueva tecnología del *fracking* que permite la extracción del gas que está dentro de las rocas, está cambiando las ventajas competitivas de los países y la geoeconomía mundial. El coste de la energía es ya un tercio menor en Estados Unidos que en Francia o España. Hasta ahora los salarios han sido un factor básico de la

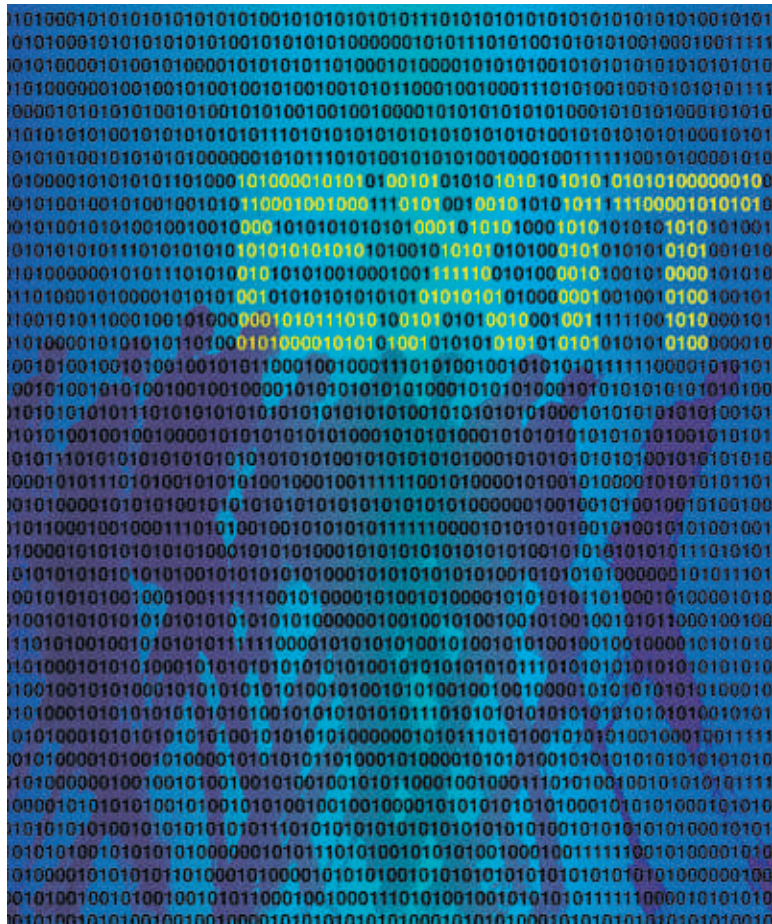
tría hemos de estar preparados. Por un lado, necesitamos que nuestras empresas tengan la dimensión y la capacidad tecnológica adecuada. Por otro, necesitamos no perder las habilidades profesionales que aún existen pero que están en peligro de desaparecer por jubilación de los trabajadores que las conservan. Y recuperar otras que se han perdido. La formación profesional es esencial para aprovechar este retorno de la industria.

Esta nueva realidad me ha hecho recordar un ensayo de Robert L. Heilbroner, un economista muy influyente que enseñó en

la New School for Social Research de Nueva York. En uno de sus trabajos, traducido al castellano como *Visiones del futuro*, Heilbroner señalaba que con la llegada de la época moderna, a partir de la Ilustración del siglo XVIII, las sociedades se acostumbraron a la idea de que el futuro puede ser mejor que el presente.

Las fuerzas que alimentan esa expectativa de mejora son la tecnología, el capitalismo y la democracia. Las dos primeras son fuerzas autónomas. Su efecto sobre el bienestar de las sociedades no es, sin embargo, mecánico. Depende de la tercera fuerza, la política democrática. Allí donde promueve el desarrollo de esas fuerzas y orienta sus efectos hacia el bienestar, la idea de que el futuro puede ser mejor que el presente se hace realidad.

¿Está nuestra política haciendo este papel de partera del progreso? Catalunya supo aprovechar la primera revolución industrial y la globalización de la segunda mitad del siglo XIX. Se convirtió en la fábrica de España y puso los fundamentos de un bienestar que ha llegado a nuestros días. Pero hoy la política catalana está ensimismada. Como en la novela de Juan Marsé, está encerrada con un solo juguete, ajena a estas transformaciones tecnológicas y económicas. Se repliega de forma temerosa y proteccionista sobre sí misma. Política y economía están en camino de divorcio. Necesitamos evitarlo para proyectar una mirada esperanzadora sobre el futuro. ●



OSCAR ASTRUMUJOFF

competitividad de las empresas y de los países. A partir de ahora esa ventaja estará en los costes energéticos.

Un efecto inesperado y positivo de estas dos transformaciones es el retorno de una parte de las actividades manufactureras a los países desarrollados. Actividades que en las décadas anteriores se habían deslocalizado están volviendo como consecuencia de la modificación de los costes relativos de producción y de transporte.

Para aprovechar este retorno de la indus-

Pilar Rahola



Desde fuera

Aunque Tennessee Williams aseguraba que “el tiempo es la distancia más larga entre dos lugares”, la distancia física no es despreciable. Poner kilómetros a lo propio y observar sus querencias y sus quimeras desde ese punto lejano limpia la lupa para que la mirada sea más nítida. Y ello es muy valioso cuando se trata de realidades tan hiperventiladas como la catalana, cuya complejidad crea una espesa nebulosa. Estamos viviendo una realidad tan sobrecargada de lírica y de prosa que subirse a una montaña lejana y mirarla con prismáticos ayuda a tener perspectiva.

A una montaña o, como es el caso, a miles de kilómetros, en pleno DF mexicano. Desde esta ciudad inmensa, Catalunya es hoy una pregunta persistente que llega con los aperitivos de cualquier conversación.

Después de las presentaciones, la nacionalidad de la interpelada se convierte en el eje de interés. Y, por interés, interesa como si fuera un tema propio. Personalmente tengo experiencias de otros viajes a México y siempre encontré conocimiento y estima, no en vano fueron miles los repu-

Tanto si elevan el “Viva España” como su inverso, todos creen que, si quiere Catalunya, nadie la frena

blicanos catalanes que se asentaron en este gran país y ayudaron a engrandecer su cultura. Pero ahora el interés ha devenido una interrogación intensa, con un nivel de detalle en el conocimiento de nuestra realidad que resulta agradable y sorprendente. Lo preguntan todo y de todo tienen opinión. El primer resultado de la mirada distante, pues, es algo que ya sabíamos: el conflicto catalán está plenamente internacionalizado, preocupa y ocupa a lado y lado del mapa y nadie imagina que sea un tema menor. A partir de aquí los hay que defienden la madre patria (aunque la quieren lejos) y los hay que entienden nuestras cuitas, pero no he encontrado a nadie, y es un nadie muy rotundo, que entienda que no se pueda votar. Ese es el resultado más afinado que otorga la distancia: el apoyo inequívoco al ejercicio de la democracia. Unos abogan por el no escocés y por no romper el tablero, otros por el sí y que sean ustedes felices, pero la idea de que los catalanes no puedan decidir es algo tan anormal e injustificable que ahí la razón catalana gana por goleada. Incluso aquellos que sacan a pasear los demonios de los nacionalismos europeos, dicho así, como si fuera una pancarta multicolor, no justifican el veto español al voto catalán. Y si la importancia del conflicto y la necesidad de votar son dos lugares comunes de la opinión mexicana, la tercera no es menos rotunda: Catalunya se puede ir. Es decir, tanto si elevan el “Viva España y cuidado con romper” como el “Defiendan sus intereses y tengan suerte”, todos mis interlocutores dan por hecho que si Catalunya quiere, nadie la frena. Y esa convicción, que en casa propia puede discutirse hasta la saciedad, a miles de kilómetros es una afirmación rotunda. ¿Por qué? Simplemente porque en el siglo XXI no se discute el mandato democrático en una democracia. ●

Juan Ramis-Pujol

Robo y despilfarro

Hay demasiados ejemplos como el de los ERE de Andalucía, Gürtel, Bárcenas, Palau, que dan mucho que pensar. Se añade ahora la operación Púnica. Parece como si la cultura de la malversación estuviera ya exageradamente presente en las altas esferas de nuestra sociedad. Algunos de estos casos han supuesto verdaderos traumatismos sociales. Quizás se lleva el Oscar el caso de Bankia. Parece que estamos ante un ejemplo que ilustra el robo de guante blanco institucionalizado. Es un caso sangrante porque esta misma institución está implicada en el caso de las preferentes en que se han aprovechado de gente en relativo grado de indefensión.

J. RAMIS-PUJOL, profesor del departamento de Dirección de Operaciones e Innovación Esade (URL)

Todo ello está causando una legítima alarma social centrada en la incapacidad de digerir tanta malversación de fondos. Sorprende que aún no seamos conscientes de que el problema más importante que generan dichos gestores no es el robo puntual de dinero, sino el despilfarro que supone su gestión deficiente. El ejemplo de Bankia permite ver este contraste en toda su magnitud. Se gastaron unos 15 millones de euros con tarjetas en un periodo de alrededor de diez años. Además se podrían haber concedido unos 60 millones en préstamos a algunos consejeros. Se habla asimismo de cientos de millones adicionales correspondientes a operaciones dudosas. Pero, por otra parte, es un hecho que la mala gestión global de la entidad ha tenido un impacto infinitamente superior en forma de un rescate que supera los 20.000 millones.

En una empresa con un equipo de gestión formado y con alta dedicación, el nivel de despilfarro puede situarse en un 20% de las ventas. Tras treinta años de nepotismo partidista dentro de nuestras administraciones, sabemos que el porcentaje de despilfarro seguramente es muy superior. ¿Pueden imaginar lo que ello significa anualmente con un gasto público cercano a los 500.000 millones de euros?

Es necesario atacar la malversación de fondos, pero haríamos bien en enfocarnos en tanta incompetencia que corroe el país. El despilfarro que produce es constante, ocurre cada minuto, cada día, cada mes y cada año. Es varias veces superior al déficit del Estado en el peor de sus momentos. Es el peor cáncer que sufrimos todos los ciudadanos y, además, nunca ha sido convenientemente diagnosticado. ●